

# COEXISTENCIA EGOISMO Y SUBDESARROLLO

HABIA sido una de las grandes esperanzas de nuestro tiempo, de esta difícil segunda mitad del siglo XX; ciertos países, sumidos en una especie de tiniebla antigua a la que llamamos subdesarrollo, se habían zafado del sistema colonial en un ambiente de opinión que les era favorable, disueltas casi —atrincheradas en una última línea de defensa retrógrada, superconservadora— las doctrinas políticas que habían ensalzado su esclavitud. Estos países iban a liberar la enorme fuerza de sus dos mil millones de habitantes, empujada por el hambre, dormida por la ignorancia en que se la mantenía, para incorporarse al esfuerzo de progreso de la humanidad. Los países grandes y poderosos, los países alimentados y fuertes, iban a tenderles la mano y a sacar de entre su barro siluetas humanas. Era un idealismo. Era uno de los amables y esperanzadores espejismos surgidos del final de la segunda guerra mundial. Ahora nos llegan cada día más señales de alarma. Los varios puntos del mundo donde la tensión de los problemas generales se decide en disparos y sangre son, precisamente, zonas del grupo subdesarrollado que lucha contra su situación sin esperanzas de reforma: Aden, Hong Kong, Nigeria, Congo, Vietnam, Oriente Medio. Esos puntos se van a multiplicar inevitablemente si no se escuchan las alarmadas voces de angustia de quienes conocen el fondo de la cuestión. Hace unos días eran diecisiete obispos del tercer mundo quienes publicaban una carta colectiva, que pretendía ser una continuación de la encíclica «Populorum progressio»: «El dinero realiza desde hace tiempo una guerra oculta a través del mundo asesinando pueblos enteros. Es hora de que los pueblos pobres, sostenidos y guiados por sus gobiernos legítimos, defiendan eficazmente su derecho a la vida» decían, y trataban de que los demás cristianos actuaran en ese sentido para evitar «que algunos confundan Dios y la religión con los opresores del mundo de los pobres y de los trabajadores, que son, efectivamente, el feudalismo, el imperialismo y el capitalismo». En otro tono, el abate Raymond Pannikar, profesor de Filosofía de la Universidad Hindú de Benarés, advertía del error que supone querer imponer una cultura a los demás. «La esencia del colonialismo —decía en una conferencia pronunciada en la Universidad de Basilea— es la creencia en una sola cultura, y la responsabilidad de los cristianos en el seno de la Universidad es la de afirmar todos los valores positivos que se encuentran en todas las culturas, a fin de mantener una tensión creadora y de demostrar la realidad de la fe cristiana frente a la idolatría. La Universidad «cristiana» es o una tautología o una contradicción por sus términos mismos». En Méjico un artículo publicado en «Novedades» por Luis Quintanilla —que ha sido delegado de su país en la ONU y en la OEA— se alzaba frente a los puntos de vista sostenidos por la XII reunión de Ministros de Relaciones Exteriores de los países latinoamericanos reunidos en Washington que «sólo consigue dar mayor publicidad a la revolución cubana y divulgar la impresión entre los pueblos de que el castrismo es su único aliado: ni Moscú ni La Habana podrían organizar propaganda más conveniente para ellos». La tesis de Quintanilla es la de que la única manera de centrar la cuestión está en la lucha contra la miseria. «En Brasil, la mayoría de la población está en la miseria y la tercera parte de los niños que nacen en su territorio mueren antes de su primer año por deficiencias en la alimen-

tación. ¿Qué tiene eso de comunismo o de infiltración castrista? Las masas, despiadadamente explotadas, están resueltas por las buenas o por las malas a luchar por salvar sus vidas; el espíritu revolucionario está inspirado para ellas en el más profundo de nuestros sentidos: el de conservación».

Precisamente en el Brasil se reúne ahora la asamblea anual del B. I. R. D. (Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo) simultáneamente con la del Fondo Monetario Internacional. El grito de alarma que viene de allí tiene un carácter más técnico que las opiniones antes citadas. Procede del Presidente del B. I. R. D., George D. Woods: «Si el volumen de los fondos consagrados al desarrollo no crece, si no hay una mejora en sus términos, la ayuda al desarrollo va, pura y simplemente, a devorarse a sí misma». Ya en estos momentos los dos tercios de los capitales enviados a los países pobres quedan absorbidos por el obligado reembolso de las deudas de dichos países. Muchos de los créditos deben ser reembolsados antes de que el material que ha sido adquirido con ellos haya contribuido a modificar de manera perceptible la productividad del país que ha tomado el préstamo. Por otra parte, hay una especie de renuencia en los países ricos a aumentar su ayuda a los países pobres. «Las transferencias oficiales de los países industrializados hacia las naciones menos desarrolladas han aumentado muy ligeramente en los últimos cinco años, mientras la producción y la renta de esos países industriales se lanzaban vigorosamente hacia nuevos records». Por otra parte, el desarrollo de esos países depende más que de la ayuda llegada del exterior, de la exportación de sus materias primas; pero nos encontramos con que esas exportaciones no han aumentado porque esos mismos países no han sabido abrirse mercados y porque los países industrializados no han aportado su cooperación abolviendo los obstáculos que traban aún las exportaciones de los países en vía de desarrollo. «La estabilización de los precios de materias primas escogidas es un tema vecino que merece igualmente consideración. Si se alienta a los países menos desarrollados a resolver el problema de sus beneficios con la exportación, y si se les permite hacerlo así, muchos problemas resultarán fáciles de tratar: las crisis de deudas exteriores serán más raras, la necesidad de ayuda disminuirá y la atracción aumentará para los capitales privados». ¿Y el problema demográfico? ¿Y el crecimiento fabuloso de las poblaciones, que todo lo devora? Para Woods, el alza continua de la densidad de poblaciones no comenzará a aliviarse hasta dentro de quince o veinte años. «En el intervalo, los países menos desarrollados deben aumentar considerablemente al mismo tiempo la cantidad y el valor nutritivo de su producción alimenticia: deben producir más, tanto para alimentar más personas como para alimentarlas mejor. Los imperativos en el aspecto alimenticio, duplicar la producción de aquí a 1980 y triplicarla al final de siglo es una tarea que da vértigo».

El diagnóstico está bien establecido. El diagnóstico del economista, como el de los eclesiásticos o el de los humanitaristas, es preciso, claro. Cabe decir que no encierra más que una novedad sobre ideas expuestas hace ya mucho tiempo: y esa novedad es que no se avanza nada en el camino emprendido, o supuestamente emprendido, y que hay como una especie de cansancio de soportar a los países subdesarrollados. Más que cansancio, una indiferencia. El riesgo



**Por  
EDUARDO  
HARO  
TEGLEN**

El hambre y el analfabetismo es la cara mala de la coexistencia pacífica. El abismo que separa a los países ricos de los pobres no puede justificarse por las formales independencias que se han dado en estos últimos cincuenta años. La desnutrición sigue siendo problema número uno en países como la India (la foto que acompaña a estas líneas corresponde al Estado de Bihar, India). Según estadísticas de la UNICEF (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia), más de trescientos millones de niños pasan hambre en nuestro mundo actual.

para los países occidentales era que los países subdesarrollados se inclinasen hacia el comunismo, como para los países comunistas el riesgo era el inverso. No creo que en las altas esferas políticas se haya tratado nunca de ayudar: he desconfiado siempre, y hoy con más motivos que nunca, en el humanitarismo político, se ha tratado de comprar. Cuando la compra de elementos dirigentes no ha sido bastante para contener o para asfixiar un país, se han producido otra clase de agresiones —precisamente las que antes han quedado brevemente ancladas—. El peligro del hambre y de la miseria en el tercer mundo, que es un problema puramente revolucionario, no ha preocupado gravemente a los poderes, porque es un problema a largo plazo. Importaba la posibilidad de una serie de revoluciones nacionales que se sumasen a otro bloque. La afición descolonizadora de los Estados Unidos no tenía otro objeto: facilitar las independencias de unos países sometidos a potencias convertidas en países de segundo o tercer orden —las potencias europeas— para evitar que los movimientos independentistas se convirtiesen en revoluciones armadas y que esas revoluciones armadas condujeran a una u otra forma de comunismo. Precisamente en los países donde esas independencias se han conseguido mediante largas luchas armadas —Argelia, Indochina—, la tendencia ha sido hacia el revolucionarismo más avanzado, en lugar de hacia el reformismo, como provisionalmente se ha conseguido en países donde la independencia se ha resuelto por medios pacíficos.

En unas declaraciones hechas en París a «Le Monde» (16 de agosto) Buteflika, Ministro de Relaciones Exteriores de Argelia, ha señalado muy justamente que «la coexistencia pacífica se desarrolla esencialmente a costa de los países independientes del tercer mundo. No lo decimos para repudiar la coexistencia, a la que seguimos siendo fieles, pero debemos constatar lo que ocurre». Este punto de vista argelino coincide muy puntualmente con las doctrinas de Fidel Castro en la conferencia de solidaridad latinoamericana y con el nuevo revolucionarismo de aquel continente cuya motivación aparece en el artículo de Luis Quintanilla antes citado. La coincidencia está lejos de ser fortuita. No es, tampoco, una «consigna», como tanta afición tienen a decir algunos, que por una deformación de su inteligencia tienden a ver siempre el enemigo donde no está, porque no les conviene enfrentarse con él donde realmente está. Es una

manera de pensar que va ganando lentamente el mundo de las víctimas. Se llega a la conclusión de que sin una presión continua, sin un combate continuo, se tenderá al «statu quo» y al inmovilismo de que son víctimas. Esta conclusión a que se ha llegado es una de las claves de la violencia en el mundo de hoy. Buteflika explicaba a «Le Monde» el centro del problema. «Nuestra estrategia y nuestra diplomacia son estrictamente antiimperialistas, y eso es lo que no se nos perdona. Porque denunciamos continuamente los éxitos crecientes del imperialismo, que juega y gana en todas partes, especialmente por países intermediarios» (se refería en este caso al «país intermediario» Israel). «En las Naciones Unidas, por ejemplo. No teníamos demasiadas esperanzas en esa asamblea extraordinaria. Pero los soviéticos eran nuestros amigos y se conducían como tales; de todas formas, no podíamos esperar que hiciesen intervenir al ejército rojo en el Canal de Suez... Hemos ido a Nueva York, y hemos constatado, o más bien verificado, dos cosas: por una parte, que las exigencias de la coexistencia pacífica pasaban por encima de los intereses de los árabes; en segundo lugar, que el organismo de Manhattan está enteramente entre las manos de los americanos, que pueden, más que nunca, manipularlo a su gusto. Nos habían advertido que eran hostiles a esta reunión y que la harían fracasar. Lo han conseguido, forzando a votar contra ellos incluso a países que hasta entonces deseaban mantenerse al lado de Francia. Si los americanos hubiesen querido demostrarnos que no debemos contar jamás con la ONU para defender los países pequeños y la libertad no hubieran actuado de otra manera. Nos hemos dado por enterados».

Hay un cierto número de datos que coinciden en señalar que la coexistencia se está llevando por un camino egoísta, muy lejano a los fines con que se propuso; y un cierto número de datos, también, que advierten que los pueblos y las clases sociales víctimas de ese egoísmo no pueden aceptar la situación, porque para ellos es un problema de vida o muerte. Si los estados poderosos creían que el problema se iba a presentar a largo plazo, si los gobernantes creían que iba a ser cuestión grave para sus sucesores y no para ellos mismos, se han equivocado: el plazo se está cumpliendo, y estamos en vísperas de numerosas agitaciones mundiales que requerirán soluciones de urgencia.